

MAYOR AMOR

Pedro había sido enemigo de Natalio durante años, desde que éste lo había castigado por haber torturado a un gato. Pero había jurado vengarse, y mientras crecían juntos, había procurado de muchas maneras quedar a mano con Natalio. Ambos muchachos vivían en una aldea de pescadores, en la costa de Terranova, batida por las olas. Al llegar a la juventud, los dos escogieron la pesca como ocupación.

Entonces, cierto día, una bonita y graciosa joven llamada Ana, fue a vivir con sus padres a esa aldea. Su padre también era pescador. Natalio y Pedro llegaron a ser amigos de ella y se estableció una competencia entre ambos, esta vez por el afecto de la joven. A Ana le agradaban ambos; y por un tiempo no sabía a cuál elegir. Natalio y Pedro pasaron horas de ansiedad hasta que finalmente Ana hizo su elección. Natalio fue el favorecido. Pedro se airó nuevamente contra Natalio y renovó su juramento de venganza. Pero la feliz pareja no sabía nada del odio que ardía en el pecho de Pedro.

La noche de la boda, una enorme luna llena derramaba su radiante luz sobre la aldehuela de pescadores y el gran océano que bañaba sus orillas. La iglesita de la colina estaba atestada de gente ansiosa de ver a la feliz pareja que se unía en matrimonio. Pero Pedro no estaba allí. En un rocoso promontorio que dominaba el apacible mar bañado por la luna juró que se vengaría de Natalio.

Después de algunos días de luna de miel, los recién casados se instalaron en una linda casita cercana a la playa. Pedro se fue al mar.

Transcurrieron varios años, y un niño de cabellos rizados vino a alegrar el corazón de sus padres. Natalio pasaba todos sus momentos libres con Natalito, como lo llamaban. A veces le contaba historias del mar, pero esto no le agradaba a Ana, quien con frecuencia sacudía la cabeza en señal de desaprobación; pero Natalito siempre pedía más. A medida que crecía, se fue posesionando de él un profundo anhelo de cruzar el océano y ver algo del mundo. A menudo, cuando el tiempo no era tormentoso, acompañaba a su padre a los lugares de pesca. En esas ocasiones se quedaba sentado soñando en la proa del bote, deseando con todo el fervor de su alma apasionada poder viajar lejos.

Mientras Ana estaba de pie a la puerta de la casita, diciendo adiós a sus "dos hombres", se preguntaba cómo podría apartar de la rizada cabeza del niño el interés en las tierras lejanas. Pero cada vez; a su regreso, Natalio tenía más entusiasmo que nunca por surcar el ancho mar. Por la noche, mientras yacía en la cama, escuchaba las olas que azotaban las piedras y lo arrullaban dulcemente. En otras oportunidades, oía la fuerte marejada romperse contra las rocas. El mar lo atraía siempre. Terminó sus estudios en la escuela de la aldea y se dedicó a ayudar a sus padres en la pesca. Sin embargo, sus padres sabían que su corazón estaba en el anchuroso mar. Un día se acercó a su madre y le dijo: "Mamá, debo irme. Te ruego que me des permiso" Ella, mirándolo a los ojos, vio escritos en ellos amor, afecto y también un ardiente anhelo.

-Sí, Natalio, puedes ir -contestó ella, procurando hablar serenamente.

-Gracias, mamá -dijo, y la rodeó con sus brazos jóvenes y fuertes. Fue un día triste el de su partida. Hasta el viento, gimiendo entre las hojas, parecía lamentarlo. Pero con sonrisas valientes y ojos llenos de lágrimas, Ana y Natalio dijeron adiós a su "hijito". El joven Natalio, al llegar al gran puerto de mar a 300 Kilómetros de su casa, se empleó en un barco destinado a Inglaterra.

Después de estar varios días en alta mar, comenzó a preguntarse por qué le tocaban a él todas las tareas duras y desagradables; porque estaba seguro de no ser el único grumete a bordo. Entonces descubrió que el capitán no era sino Pedro, el antiguo enemigo y rival de su padre. ¡Y Pedro ejecutaba su venganza! Durante el viaje pareció desahogar todo resentimiento contra el muchacho. Lo hacía trabajar tan duramente, le hablaba con tanta crudeza, y le hacía la vida tan miserable, que el joven Natalio resolvió librarse de su compromiso cuando regresase al puerto.

En el viaje de regreso, el barco soportó una fiera tormenta, como tan sólo se conocen en el Atlántico. Rugían los truenos, caía la lluvia en raudales constantes, los rodeaba la neblina, y enormes olas coronadas de espuma golpeaban los lados del barco. Natalio, que estaba trabajando sobre cubierta, fue arrastrado al agua por una ola. La fiereza del mar no permitió que se lo rescatase; así que el barco siguió adelante sin él. Cuando el barco llegó al puerto, uno de los tripulantes fue a Natalio y Ana para darles la triste noticia, y añadió: "No necesitaba estar sobre cubierta, pero el capitán, que por alguna razón no lo quería, dijo que debía quedar allí y ayudar".

Ana, abrumada por el golpe, cayó enferma. Natalio sintió que en su corazón renacía el odio contra Pedro; pero procuró ocultárselo a Ana. Dos días y dos noches estuvo al lado de ella mientras bajaba al valle de la muerte. Esos días fueron de los más penosos para él, mientras veía partir a su amada. Su odio hacia Pedro aumentó. Después de sufrir algunos días, Ana murmuró un adiós y murió.

Natalio quedó solo para recordar los días cuando él, Ana y su "hijito" estaban juntos en la casita. Parecía que el odio no podía permanecer juntamente con el recuerdo de aquellos días felices; y sin embargo, ese hogar feliz había sido quebrantado por causa de un hombre. Muchos y diversos eran sus sentimientos. A veces podía perdonar y olvidar a Pedro, y de repente lo abrumaba la sensación de su pérdida, y volvía a sentir el antiguo odio. "No es justo que yo lo odie así, pensaba. Oraba fervientemente pidiendo a Dios que lo ayudara a vencer la amargura de su corazón; pero ésta volvía siempre y se sentía incapaz de desarraigarla.

¡Entonces se produjo la tormenta! El furioso viento alzaba las olas como montañas y las arrojaba a la costa con ruido ensordecedor. La lluvia transformada en hielo y nieve llenaba la atmósfera, velando con la furia de los elementos la cara del sol. Y la tormenta siguió durante toda la noche. De muchos corazones subieron oraciones fervientes por los que estaban en peligro en el mar durante las largas horas de oscuridad.

Al amanecer, los ansiosos pescadores miraban por las ventanas hacia el salvaje y agitado océano. De cada casa subió el clamor: "¡Un barco naufraga!" Los hombres salieron con sus impermeables puestos. Pronto un grupo de valientes marineros procuraban lanzar un bote, pero el viento, silbando con escarnio, se lo arrebató, y las enormes olas lo destrozaron prestamente. Con pesar volvieron a sus casas a orar para que amainase la tempestad.

Transcurrieron dos horas, y por fin se lanzaron dos botes. Natalio saltó a uno de ellos. Remando con vigor contra las furiosas olas, los hombres llegaron al barco condenado. Entonces empezó la peligrosa y ardua tarea de hacer pasar los tripulantes a los botes antes que el barco se hundiese para siempre en las rugientes aguas. Un bote se llenó y se encaminó hacia la costa. Quedaba el bote de Natalio para recoger al resto de la tripulación.

Continuó la lucha contra el mar enfurecido. Finalmente el puente quedó desierto y ya no había nadie más en el bote salvavidas.

-¡Alejémonos! -gritó Natalio. -Aguarde un momento, el capitán está enfermo en, su camarote -gritó un fogonero.

-Entonces atraquemos -gritó Natalio, mientras se preparaba para saltar del bote al vapor. El esquife se arrimó y él saltó a bordo y se dirigió hacia el camarote del capitán.

-¡Hola! -gritó.

-Aquí estoy, acostado -fue la débil respuesta.

Con ternura alzó Natalio al enfermo en sus brazos y salió apresuradamente. Una vez afuera del camarote se detuvo, porque a la luz grisácea había reconocido la cara de Pedro. Encontrados sentimientos lo embargaron. Volvió a ver a su esposa sufrir y morir por causa de la crueldad de Pedro hacia su hijito. En sus ojos había odio, un odio sombrío. Ahora podría vengarse. Pero en seguida sus ojos se suavizaron, y se apresuró a ir hacia el bote, llevando el pesado cuerpo del capitán.

-Ahora con cuidado, hombres -ordenó mientras los marineros recibían al enfermo.

-¡Ya está! ¡Zarpen!

-¡Oh, no, Natalio, hay lugar para ti aquí -lo instaron.

-No -contestó Natalio-, el bote se hundirá si se le pone un kilo más. Partan.

Era inútil discutir, y cualquier demora podía ser desastrosa, porque el barco se inclinaba rápidamente a estribor. Con corazones apesadumbrados y manos vacilantes los marineros tomaron los remos y se alejaron. Apenas habían recorrido cien metros cuando el barco se hundió en las heladas profundidades llevando a Natalio consigo.

Varios días más tarde, el capitán, repuesto de su enfermedad y de la exposición a la intemperie, descubrió que había sido Natalio quien dio su vida para salvarlo. Las lágrimas rodaron por sus toscas mejillas, e inclinando avergonzado la cabeza, oró así: "Perdóname, oh Señor, como él me perdonó".

En el cementerio de la aldea, al lado de la tumba de Ana, Pedro puso una lápida que lleva esta inscripción: NATALIO MERCER

"Nadie tiene mayor amor que éste" El dio su vida por un enemigo.